

CREACION DEL MUNDO.

DIA PRIMERO.

INSPIRE ardor del fuego inaccesible
En mis versos y estilo el Padre Eterno,
Que dió al Hijo la esencia incompañable
Toda, quedando en él toda *ab eterno*;
Porque espíritu siendo indivisible,
No pudo dar al parto coeterno
Parte della, ni entera dar la puede,
Sino es que en él entera también quede.

Que si entera en el Padre no quedara,
Nada fuera su excelsa omnipotencia;
Y cuando al Hijo igual á si engendrara,
Se deshiciera su divina esencia;
Mas, cual sabio maestro en arte rara,
Que al discípulo da toda su ciencia,
Y en él se queda, así desta manera
Da el Padre al Hijo la substancia entera.

Y el Hijo, que es del Padre omnipotente
Inmortal resplandor, vivo dechado,
Y de la esencia suya, juntamente
Es con el propio original, traslado,
Muestre el camino con su luz ardiente,
Como el faro en la cumbre levantado;
En mar tan peligroso á mi barquilla,
No encalle, como en sirtes, en la orilla.

Y el Espíritu Sancto, que encendido
Procede de una y otra sacra llama,
Por quien el Hijo, en igual gloria unido
Al Padre con reciproco amor ama,
Mueva mi lengua, infunda en mi sentido
La inmortal gracia que de sí derrama,
Para que con espíritu profundo
Yo el origen del mundo cante al mundo.

Viendo el hombre el perpetuo movimiento
Del cielo, que jamás tuvo reposo,
Y en contorno girar el firmamento,
Contra su tarda vuelta presuroso,
Y viendo que era el sólido elemento
Centro y punto del círculo hermoso,
Admirado de ver efectos tales,
Quiso saber sus causas naturales.

Y el poético espíritu, que al puerto
De los secretos de naturaleza
Aferó, desplegando al mar incierto
Las velas de su ingenio y agudeza,
Como en fábulas era tan experto,
Fingió que de antes era una grandeza
Sin proporcion el mundo, un caos ajeno
De luz, y de confusas cosas lleno,

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra
Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;
Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra
Discordes tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Era el cielo en mar, aire, en fuego, en tierra,
Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.

El cielo entonces no resplandecía,
Ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, origen de la luz, vertía
Los dorados arroyos de su fuente;
La luna no menguaba ni esparcía
La luz prestada de la llena frente;
No era la tierra de aire rodeada,
Ni con su mismo peso sustentada.

El Oceano los bañados brazos
No había por sus márgenes tendido,
Ni el invisible fuego con abrazos
Trasparentes al aire había ceñido;
Ni el aire de los húmedos regazos
Daba el vapor, en agua convertido,
Que el cielo, el mar, la tierra, el aire, el fuego
Se confundían en el bulto ciego.

El olmo no hacia al verde suelo
Opaca sombra con frondoso manto,
Ni quebrantaba el sol al duro hielo,
Ni alzaba la cabeza el tierno acanto;
Ni sobre sus espaldas hasta el cielo
Llevaba de las aves Enro el canto,
Ni del costado de la tierra abierto
Fuentes corrían por camino incierto.

Dentro de un mismo cuerpo contrastaba
Con el calor el frío, lo pesado
Con lo leve, lo seco repugnaba
A lo húmedo, lo humilde á lo encumbrado;
Lo duro con lo blando peleaba,
Con lo grueso reñía lo delgado;
Al fin era el gran cuerpo una mistura,
Llena de variedad sin hermosura.

Tal fábula fingió el sutil poeta,
Que como luz divina no tenía,
No pudo alcanzar obra tan secreta,
Con solas fuerzas de filosofía;
Mas yo, llevando en todo al gran Profeta,
Legislador de Dios, por norte y guía,
Cantaré, aunque con lengua toscana y ruda,
Sin fingimientos, la verdad desnuda.

En el principio el Padre omnipotente,
Que de principio y término carece,
Y en quien el poder summo, juntamente
Con su voluntad, siempre resplandece,
De nada crió el cielo, en sí pendiente,
Y á la tierra, que en medio se aparece,
Y al agua, de la cual fueron sacados
Los demás cuerpos simples y formados.

Porque estas aguas fueron materiales,
De donde Dios el fuerte firmamento
Sacó después y globos celestiales,
Que sobre él tienen inmortal asiento;
Y á las demás esferas desiguales
Formó también del húmedo elemento,
Y destas ruedas el labrado peso
Al principio fué un bulto vasto y grueso.

Mas como la osa ruda, que lamiendo
Del parto informe la cerdosa pasta,
Con la lengua formando va y puliendo
El cuerpo feo de su torpe casta,
Y con astucia natural va haciendo
De un peso tosco, de una carga vasta,
De un monton grueso su animal perfecto,
Del natural instinto raro efecto;

Así, habiendo el Señor omnipotente
Hecho un informe cuerpo, do confuso
Estaba con lo frío lo caliente,
Con lo húmedo lo seco, lo compuso
Después, y en parte y sitio conveniente
Formando al mundo, á cada cosa puso,
Y abrazó con los círculos mayores
Poco á poco los orbes inferiores.

No porque no pudiese en un momento
Poner principio y fin á tal impresa,
En arco desplegar el firmamento,
Y de fieras llenar la selva espesa,
El aire de aves con sonoro acento,
Y de peces la esfera húmeda y gruesa;
Que pudo con su voz, ó mirar solo,
Dar á mil mundos uno y otro polo:

Pero de este edificio la grandeza
Fué en seis dias enteros fabricada,
Del Criador de la naturaleza
Para la habitacion nuestra y morada,
Mostrando en esto la suprema Alteza,
Que primero ha de ser la obra acabada,
Y pulida después, porque no erremos,
Si juntas ambas cosas emprendemos.

Y el círculo, que el Verbo poderoso
En el principio fabricó de nada,
No es de los que con curso presuroso
Giran la rueda sólida y pesada,
Sino el empuje inmóvil y luminoso,
De las almas angélicas morada,
Que sobre todos firme asiento ha hecho,
Como de la inmortal fabrica techo.

Y como el edificio levantado
Que formar suele tosco el arquitecto,
Después con artificio aventajado
Lo pule y deja sin algun defecto;
Así, primero fué de Dios formado
El ancho mundo basto y imperfecto,
Mas después añadió á su arquitectura
Entera perfeccion y hermosura.

Y el soberano Artífice, como era
Uno solo el maestro, uno el dechado,
Uno el orden, así de una manera
Para nos dar de su interior traslado,
Hizo uno solo, y sola una es la esfera
De la cual está el mundo rodeado,
Si bien su circular y inmensa traza
En contorno mas círculos abraza.

Esta obra, cuya gran circunferencia,
Arte, rica labor, materia y forma
Nos muestran que hagamos reverencia
Al que de nada su edificio forma;
Deste universal templo la excelencia,
Que del Eterno padre nos informa,
Es un gran libro, que el poder profundo
De Dios callando enseña al mismo mundo.

Sagrado texto, do naturaleza
Nos muestra que una celestial idea
Desta máquina excelsa la grandeza
Gobierna con sus leyes y rodea;
No está escrito del roble en la corteza,
Ni con los puntos de la lengua hebrea,
Ni con griegos acentos, ni figuras
De símbolos y imágenes oscuras.

Que el que bebe las aguas del Hidaspe,
El mas gentil, el mas bárbaro seita,
El que en las tierras del inculto Caspe,
Mas inculto que el propio monte habita,
El inhumano antártico, que al jaspe
Con la dureza de su vida imita,
Los caracteres desta fiel doctrina
Sabrá leer sin estudio y disciplina.

Que de Dios las grandezas inmortales
Publica el sol, que con su lumbré pinta
Los peces y los varios animales,
Que en torno ciñe la abrasada cinta;
La luna en los efectos desiguales
Que causa cuando mengua ó cuando quinta,
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos.

Su gloria anuncia el aire espacioso,
Con tanta variedad de aves pintadas,
Que sulcando con vuelo presuroso
De su region las playas azotadas,
Adormecen del círculo hermoso
Con el canto las luces estrelladas,
Y la rosada aurora al son despierta,
Y al dia rubicundo abre la puerta.

El agua, con las líquidas corrientes
De los amenos y argentados rios,
Que de las plantas las altivas frentes
Corona con floridos atavios;
El mar, que en sus montañas transparentes
Da albergue y pasto á los ganados frios,
Y los mudos rebaños que en él nacen,
Del poder soberano muestras hacen.

Tiene de clara voz perfecta sciencia
La tierra, por de dentro enriquecida
De plata y oro, y la circunferencia
De yerba, flores y árboles vestida;
A la cual la divina Providencia
Dejó sobre los aires suspendida,
Con que al mas caudaloso ingenio apura
Cuando su traza penetrar procura.

Pero del cielo el Criador inmenso
En qué ocupaba su divina mente
Antes que de la tierra el globo denso
Fuese puesto en el aire trasparente,
Y al mar llevasen por tributo y censo
Los rios el cristal de su corriente,
Y las espigas rubias y crecidas
Ondearan del viento sacudidas?

Antes que distinguiese el sol los dias,
Y al aire en torno el fuego rodease,
Y el Oceano con las ondas frias
De la tierra las faldas inundase;
Y antes que el tiempo por oblicuas vias
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistía
Gozándose en su Trina compañía.

Tente, no sulques los profundos senos
De mar tan extendido; oh musa mia!
Con argumentos de agudeza llenos
Sobre el bajel de la filosofía,
Que son de fuerza y de virtud ajenos;
Y si los lleva la razon por guía,
Por todas partes mi navio abierto
No aferrará jamás al dulce puerto.

Que el que seguro navegar espera
En este abismo, vaya costearlo
Del peligroso Ponto la ribera,
Como sabio, el hinchado mar dejando;
Y para asegurar mas la carrera,
La fe por vela vaya desplegando,
Y al sagrado volumen por estrella
Lleve, y á Cristo que le guie con ella.

Yo á medio aire mi estilo numeroso
Desplegaré en octavas derramadas,
Que si mas le alzo, el fuego poderoso
Derretirá sus alas encerradas;
Y si con ellas toco el mar ondoso,
Las plumas perezosas y bañadas
Con la humedad me quitarán la vida,
Y al agua dará nombre mi caída.

En el principio, aquella arte divina
Que obra diciendo y obra es lo que piensa,
En arco desplegó, como cortina,
Del orbe celestial la vuelta extensa;
Y á la tierra, que un punto no declina,
El sumo Hacedor dejó suspensa
En el aire sutil sin movimiento,
Y en la mitad del mundo hizo asiento.

Y aunque la tierra está continuamente
Sobre el vano elemento, no por eso
Aflige al cuerpo raro y trasparente
Con la pesada carga el bulto grueso;
Como el cuello del hombre, que no siente
De la cabeza el ordinario peso,
Ni á los pies, sobre donde el cuerpo estriba,
Oprime el peso de la carga viva.

Y cual diestro arquitecto que fabrica
Algun toscano ó dórico edificio,
Donde resplandeciendo la obrarica
Está á porfia con el artificio,
Y en las soberbias salas de oro aplica
Figuras, que del vivo son indicio,
Antes de dar principio á alteza tanta,
Fuertes y grandes fundamentos planta;

Esto diciendo, de la opuesta parte
Resplandece el ejército divino,
Y hacia el enemigo escuadrón parte,
Que contra el mismo Dios Luzbel convino;
Sale cubierto el soberano Marte
Con armas de diamante y oro fino,
El gran Miguel, á quien dió el Padre eterno
De sus santas escuadras el gobierno.

De su invencible yelmo en el cimero,
Pintada la humildad resplandecía,
Que al corazón mas atrevido y fiero
Sin armas pone miedo y cobardía;
Y en el escudo de inmortal acero
La poderosa caridad se vía,
Con la cual en amor de Dios se inflama,
Y en él sus criaturas Miguel ama.

Para eternas empresas reservada,
La espada lleva en el siniestro lado,
Y un estandarte entre la gente armada
Iba de color rojo enarbolado,
Mostrando con la insignia colorada
La sangre del Cordero immaculado,
Por quien pugna Miguel, y en alto escrito:
¿Quién como Dios? ejército maldito.

Viendo en frente al Antígono atrevido,
Manda dar el guerrero soberano
Aliento á las trompetas, y el sonido
Saliendo, retumbo en el aire vano,
Con mas terrible estrépito y ruido
Que cuando arroja con airada mano
Júpiter rayos, que á las nubes hienden,
Y á los mortales con el trueno ofenden.

Trábase al punto el fuego helicoso
De ambas partes, cada uno ardiendo en ira
Contra el otro, de fuego impetuoso
Saetas, dardos, lanzas vibra y tira,
Mas espesas, que cuando temeroso
El puercoespín huyendo se retira,
Y contra el cazador y suelto perro
Puntas dispara del armado cerro.

Vierte Luzbel centellas abrasadas,
En humo envueltas y azufrado aliento,
Y nubes, de relámpagos cargadas,
Por la boca con impetuoso viento;
Las tinieblas confusas y mezcladas
Con el ardiente y rápido elemento,
La claridad del cielo confundían,
Y la vista á los ojos impedían.

Y de la suerte que en el reino abierto
Del aire, el Aquilón fiero contiene
Con el Noto, de negra ira cubierto,
Y el uno al otro con rigor ofende;
Y del cruel combate el premio incierto
Con el igual furor de los dos pende,
Y á quien se dé la palma victoriosa,
El aire duda y tempestad furiosa;

Así procede en la sangrienta guerra
La armada rabia y el aspecto crudo;
El uno con el otro escuadrón cierra,
Juntando yelmo á yelmo, escudo á escudo.
Caen las armaduras en la tierra,
Y dejan el espíritu desnudo,
Cayendo juntamente á medio vuelo
Las alas destroncadas en el suelo.

Pero aunque en el principio parecía
Igual el combatir de la contienda,
El ejército loco padecía
El daño entero en la refriega horrenda;

En los dañados corazones cria
Dolor, que mas á su furor enciende,
Y con el pertinaz furor mantiene
La fuerza, que á faltarle después viene.

Muchos de los guerreros atrevidos
Están en el negro aire peleando,
Como las sueltas aves, suspendidos,
Globos de fuego con rigor tirando;
Otros, de saña y cólera encendidos,
Así se arrojan al contrario bando,
Como cuando el neblí se precipita
Contra la garza, á quien la vida quita.

Pero ya entre las bélicas cuadrillas
Cesa el uso cruel de las saetas,
La espesa tempestad de las cuchillas
Convertidas en pálidos cometas;
Que el que defiende las doradas sillas
Del cielo, que hoy al hombre están sujetas,
Ya la espada inmortal que fuego llueve
Contra el ángel soberbio en alto mueve.

¡Oh musa! mi cansada voz esfuerza,
A su furor igual furor me inspira,
Para que yo cantar pueda la fuerza
De este fiel capitán, bañado en ira.
Luzbel la rabia y el rancor refuerza
Cuando á Miguel delante de sí mira,
Y mientras los dos entran en batalla,
El cielo atento y espantado calla.

Del primer golpe, el Marte soberano,
Con la espada de fuego vengativa,
Hiriendo en la cabeza al monstruo insano,
Lo desvanece en su arrogancia altiva;
Y juntamente la invencible mano
Venciéndole, del cielo le derriba,
El cual huyendo por el aire vino
Como tempestuoso torbellino.

Toro, que de la tierra las arenas
Furioso con los piés esparce al viento,
Aquilón, que los árboles y antenas
Rompe, bramando con rabioso aliento;
Rayo, que de las torres las almenas
Deshace con estrépito violento,
Terremoto, que causa horror terrible,
No deben compararse al monstruo horrible.

Y cual de tempestad Boreas armado,
Que habiendo los vapores de la tierra
Con suspiros en piedras congelado,
Amenaza á las selvas cruel guerra;
Mas si se encuentra con Eolo airado,
Huye, y la boca sopladora cierra;
Así, lleno de rabia el ángel fiero,
Al momento huyó del fiel guerrero.

Corren tras él las infernales huestes
Precipitadas al oscuro averno,
Y el negro Rey de las tartareas pestes
Dice, vuelto á la turba del infierno:
«No os alijais, espíritus celestes,
Porque de nuestro atrevimiento eterno
Siempre nos quedará perpetua gloria,
Aunque del enemigo es la victoria.»

Dijo, y las tristes sombras en pitones,
En centauros y esfinges se volvieron,
En harpías, quimeras, geriones,
Y al cavernoso abismo descendieron;
Entre tanto, los justos escuadrones,
Acompañando al gran Miguel, subieron
Al trono de alma luz resplandeciente,
Y gracias dan al Padre Omnipotente.

DIA SEGUNDO.

Padre de la inmortal sabiduría,
Fuente de donde eterna la luz mana,
Tú, que la luz criando, nombre al día
Impones de la tarde y la mañana;
Y el agua, que á la tierra sumergía,
Con tu voz dividiste soberana,
Mi ingenio alumbra para que yo pueda
Cantar del mundo la estrellada rueda.

Habiendo el Sumo artífice formado
Del orbe celestial la excelsa cumbre,
En medio de su círculo asentado
De la tierra la dura pesadumbre,
Las confusas tinieblas esgombro
Del caos oscuro con la clara lumbre,
«Hágase, dijo, el alto firmamento
Y divida del agua al elemento.»

El cielo fué formado al mismo instante,
Firme en su asiento y fuerte en la carrera,
Porque al girar á otro cualquier errante
Sea cual ley y guía verdadera;
Y con su cuerpo válido y presiante
Fué dividida la banada esfera;
Unas aguas en lo alto se pararon,
Otras sobre la tierra se quedaron.

Dios á este globo dió por su firmeza
Nombre de firmamento, cuya traza
Guarda á toda la inferior grandeza
Del universo que en contorno abraza;
Como la inexpugnable fortaleza,
La cual batir el enemigo traza,
Que fabricada en circular figura,
Sus plazas fortalece y asegura.

Y como con antorchas abrasadas
Ciñe la grande redondez al suelo,
Gran suma de las aguas derramadas
Puso el eterno Padre sobre el cielo,
Para que de las llamas levantadas,
Templando el fuego ardiente con su hielo,
Los varios astros hagan la influencia
Que ordenó la divina Providencia.

Estas aguas, mezclando sus corrientes,
Segun es fama, con el mar profundo,
Cubriendo las montañas eminentes,
Habrían anegado el bajo mundo,
Si el antiguo Noé y sus descendientes,
Triunfando del piétago iracundo,
No hubiesen en su nave toda suerte
De animales librado de la muerte.

Luego que fueron dentro, Eolo encierra
Al claro Boreas en prisión oscura,
Que los nublados con rigor destierra,
Descubriendo del sol la lumbre pura;
Y junto con el Noto desencierra
Al Austro insano de la cárcel dura,
Para que ambos, corriendo á rienda suelta,
Nubes engendren en la aérea vuelta.

Salen hiriendo el uno y otro viento
Al aire con suspiros bramadores,
En cuyas frentes hacen triste asiento
Negras exhalaciones y vapores;
Comienzan á turbar con el aliento
Del furioso Océano los humores,
Vertiendo fuentes, caudalosos ríos
Con duros soplos de los cenos fríos.

Hinchanse los arroyos espumosos,
Ensanchanse las bocas de las fuentes,
Y corriendo sin freno impetuosos,
En mares se convierten los torrentes;
Anéganse los prados deleitosos,
Perécen en los sulcos las simientes,
Quedando de los rústicos arados
Sin premio los trabajos tan llorados.

Neptuno, rey del piétago marino,
A la tierra hirió, y ella temblando,
Descubrió de las aguas el camino,
Lagos y ríos de temor sudando;
Cada arroyo á hacerse un Ponto vino,
Los árboles y casas derribando,
Y aunque de nuevo tantos mares nacen,
Un Océano solo todos hacen.

El delfín, la tramielga, la ballena,
La trilla, la merluza plateada
Vueltas van dando adonde Filomena
Cantando en dulce son hizo morada;
Entre mansas ovejas la hiena,
Que es semejante al lobo cruel, nada;
Y junto con el tímido cordero,
Lejos de acometerle, el león fiero.

Los unos de los miseros humanos
Al impetu espumoso resistiendo,
Sobre las selvas y anegados llanos
Con los brazos las aguas van rompiendo;
Pero los golpes de Neptuno insanos
Los cubren, que á gran furia van creciendo,
Quedando con muerte húmida hinchados,
Sobre las altas ramas sepultados.

Otros sobre las torres y las villas
Que las crecidas olas inundaban,
En vano con esquifes y barquillas
Los campos del Océano sulcaban;
Y entre tan lastimosas maravillas,
Las infaustas hermanas, que no usaban
Para dar muerte de unas armas solas,
Solo ya matan con las ciegas olas.

Muere todo animal, perece cuanto
A sus pechos la antigua madre cria;
La sancta nave asegurada en tanto
Sobre el soberbio mar camino abría;
Que en la tormenta del mayor espanto,
Era su marinero y su fiel guía
Su amiga estrella, y verdadero polo
Del mundo el Padre omnipotente solo.

Al fin, después de estrago tan terrible,
El sumo Dios, de piedad movido,
Manda que suene la trompeta horrible
A retirar las aguas en su nido;
Ellas luego la cólera insufrible
Enfrentan en oyendo el gran sonido,
Y del tiempo véloz en poco estrecho
Se recogieron en su antiguo lecho.

De los ríos los rápidos raudales
Se humillan, y á entrar vuelve el Océano
En su cárcel estrecha de cristales,
Descubriendo el lodoso monte y llano;
Entonces á los orbes celestiales
Mostró la tierra el Padre soberano,
Donde se ofrezca á su poder inmenso
Sobre aras inmortales grato incienso.

Mucho de mi propósito te olvidas,
¡Oh musa mía! Vuelve atrás el paso,
No te aneguen las aguas atrevidas
Al retirarse en el salado vaso;
Y pues entre las luces encendidas
Naciste del olimpo claro y raso,
Dime de qué materia su grandeza
Formó al principio la divina alteza.

Del véloz cielo la circunferencia
En torno con perpetuo movimiento
Es una incorruptible y quinta esencia,
Sin tener parte alguna de elemento;
Porque vemos los dos con evidencia
De los cuatro subir cada momento
A su esfera, y bajar, por el contrario,
A su centro los otros de ordinario.

Con densas puntas la añublada fuente
Hiere á la exhalacion, la cual temblando,
Se enciende en ira por el cielo ardiente,
Vivas llamas de fuego derramando;
Y cuando muestra la enemiga frente,
Al opuesto escudron desbaratando
De las cargadas nubes que interrumpe,
Al punto muere y por el aire rompe.

Hace entonces el cielo de su muerte
Con espantoso trueno sentimiento,
Como cuando abrasado el metal fuerte
Se apaga con el húmido elemento;
Otras veces del orbe oscuro vierte
Sin rumor el espíritu violento,
Otras con invisible y presto vuelo
Sube el vapor con gran ruido al cielo.

Este delgado y temerario fuego,
Cuando herido de las nubes hiende
Al turbado aire, con nublados ciegos,
Y á la tierra con impetu descende,
Antes que se oya el atronado juego
Su luz nos muestra y con el golpe ofende,
Que de la vista el perspicaz sentido
Es mas presto y sutil que el del oído.

Como cuando en la selva ó bosque umbroso
Corta el villano el roble, que primero
Vemos bajar, del brazo impetuoso
Sobre el tronco robusto el golpe fiero,
Y después el sonido perezoso,
Que del leño sacó el movido acero,
Con gran rumor y estrépito resuena,
El eco en los incultos montes suena.

Y cuando de las nubes esparcidas
Desde muy alto raro el vapor baja,
Volando con las alas encendidas,
Los encuentros mas flacos rompe y raja,
No dejando las llamas impelidas
Rastro de ardor, do tanto el golpe ultraja;
Con tanta sutileza á veces tira
Júpiter rayos provocado de ira.

Mas cuando bate las torcidas alas
Con lento vuelo y con igual violencia,
Y deslizado por las nubes rasas,
En duras fuerzas halla resistencia,
Las fuertes torres y soberbias salas
Derriba la violenta pestilencia,
Y con mortal ruina se derrama
Por la ciudad atónita la llama.

Suele tambien con furia arrebatada
Caer de lo alto fuego acelerado,
No hecho de virtud elemental,
Cual rayo de vapores engendrado,
Mas de la indignacion justa y airada
Por castigo á los hombres enviado;
Tanto el mortal linaje á Dios ofende,
Que su misericordia en ira enciende.

Pide consejo á Belcebú Occocias,
Si del enfermo cuerpo el bien perdido
Restauraria, por lo cual de Elias
Con justa causa fué reprehendido;
Hizo al Profeta grandes legacias,
Y el santo respondió al rey fementido:
«Si soy hombre de Dios, llamas desciendan,
Que en tí y en tus legados muerte prendan.»

Oye Dios su demanda, y de su esfera
Abriendo el cielo los cerrados senos,
Arroja fuego, cual saeta fiera,
Que del aire caer suele con truenos;
Y hasta los reinos do Pluton impera,
De infernal confusion y azufre llenos,
Los envió sin dejar nadie á vida,
De su pecado pena merecida.

Y de los Sinas entre las regiones,
Ahora en nuestras décadas y edades,
Hubo en tan grande exceso inundaciones,
Que el agua sumergió siete ciudades,
Sin poder con astutas prevenciones
Los hombres excusar sus tempestades,
Sino fué un niño, que sobre un madero
Triunfando salió del lago fiero.

Y porque escapar muchos pretendieron
Las atrevidas ondas, no pudiendo
Huir el rigor justo, perecieron
Con golpe que del cielo bajó ardiendo;
Así, justa sentencia padecieron,
Y justo fué castigo tan horrendo,
Que los que rehusaban blanda muerte,
Padeciesen después otra mas fuerte.

Como veremos en el dia postrero,
Porque menos cruel y riguroso
Fué de las aguas el furor primero,
Cuando el mundo anegaron malicioso;
Que será la ira del incendio fiero,
Que al son de la trompeta temeroso,
Abrasará la esfera dura y densa
Que está en el aire líquido suspensa.

Hay tambien llamas sobre el aire horribles,
Mas de virtud elemental formadas,
Que, aunque no caen de alto con terribles
Terremotos y muertes desdichadas,
Envian torbellinos insufribles
Al bajo mundo, guerras lastimadas,
Tristes sucesos, pestes, tempestades,
Inundaciones y esterilidades.

De sus entrañas un vapor caliente
La tierra exhala de ligero vuelo,
Que siendo arrebatado fuertemente
De los rayos del sol y firme cielo,
A la extrema region seca y ardiente
Llega, escalando del aéreo hielo
Los muros frios, donde en tiempo breve
En fuego se convierte el vapor leve.

Este vapor, segun ha sido unido,
Igual ó desigual en el altura
Del aire, por el círculo extendido,
Volando forma varia la figura;
Que unas veces su espíritu encendido
Columnas ó pirámides figura,
Otras veces espáree de la cumbre
Cenizas muertas, espantosa lumbre.

Cuando imperaba Tito Vespasiano
Se quemó un monte junto á las orillas
Del extendido mar napolitano,
Que piedras arrojó por muchas millas;
Y de gigantes por el aire vano
Aparecieron bélicas cuadrillas;
La tierra descubrió los pechos rotos,
Herida con terribles terremotos.

En sus cavernas cóncavas y heladas
Se sintieron grandisimos rumores,
El aire con las nubes ofuscadas
Quitó á Febo los vivos resplandores;
Dos ciudades quedaron abrasadas;
Y del monte los vientos voladores
Llevaron las cenizas al distrito
De la Siria, del Africa y de Egipto.

Primero que Alarico, rey de godos,
Viniese á Italia, el sol con negro manto
Triste escondió sus resplandores todos,
Escuro el cielo de uno y otro canto;
Y de grandeza en excesivos modos
Derramó el aire con temor y espanto
Granizo espeso, porque á la Osa fria
Un crinito cometa el paso abría.

Cuando de los cabellos espantosos
Rayos espáree la sangrienta estrella,
Sale alumbrando entierros lastimosos
La luz funesta que nació con ella;
Y publicando engaños cautelosos,
Del malo el hombre justo se querella;
Amenazada la afligida tierra,
Teme el último fin con fiero guerra.

Mas cuando de la larga cola arroja
El globo infausto convertido en brasa,
Purpúreo ardor como el aurora roja,
Las campañas el seco Apolo abrasa;
El rio, que soberbio, si se enoja,
La tierra inunda, ya sin fuerza pasa,
Y con el fuego, que el cometa aliza,
Se vuelven las ciudades en ceniza.

Del verde ornato el vencedor Vulcano
Priva á las selvas con las llamas fieras;
Y el pino, el fresno, el roble, el avellano,
Encendidas las grandes cabelleras,
En alto envian por el aire vano
A las aves del dia pregoneras,
Acostumbradas á habitar las ramas,
Que un tiempo fueron de sus miembros camas.

Viendo secar el Tajo caudaloso
De sus ondas el curso arrebatado,
Y que su cuerpo estaba caluroso,
Quedó todo confuso y espantado.
De sus ninfas el coro lastimoso
Con suspiros y llanto porfiado,
Llenó sus cuevas tímidas, mirando
La fuerza ardiente que les va quemando.

Y si el cometa fuere saturnino,
Temblará de su aspecto el triste suelo;
Levantarán horrible torbellino
Los vientos sacudiendo el negro vuelo;
Y prosiguiendo el húmido camino
Las derramadas nubes, desde el cielo
Consumirán con recias tempestades
Las esperadas mieses y heredades.

De los colmos y cimas encumbradas
No verán ya los miseros mortales
Caer las tiernas ramas deseadas
Para sustento de los animales,
Ni de las yerbas secas y cortadas
Las aguas distilar medicinales,
Ni arrancar de la planta conocida
La secreta raiz para dar vida.

Comienza á humear el aire oscuro,
Todo de espesas nieblas rodeado;
Escalando el vapor su negro muro,
Al cielo sube en nubes levantado;
La pestilencial fuerza y aire impuro
Sintió primero el perro avenado,
Y luego el ave, la carrera incierta
Perdiendo de su vuelo, cayó muerta.

El labrador entre los sulcos mira
Los fuertes bueyes sin vigor caídos,
Y el lanudo rebaño, que respira
Apenas, dando está enfermos balidos.
Olvida el jabali cordero la ira,
No se acuerda el león de sus bramidos;
Ni al tímido cordero el lobo espía,
Ni la cierva en sus piés sueltos confia.

Entonces la dañada pestilencia
A derramarse en los humanos pechos
Comienza con mayor daño y violencia,
Predominando entre dorados techos;
No hallan á su furia resistencia
Del autor sabio los remedios hechos;
El hombre muestra pálido el semblante,
Entre olas de congojas anhelante.

No permiten sus secos paladares,
Que bajen del estómago al asiento
Los ordenados y útiles manjares,
Poniendo al fiero mal impedimento.
Hiere una áspera tos en los ijares
Y pulmon del enfermo sediento,
Que anhelando despide, al mal rendido,
Por la boca un espíritu encendido.

Ningun médico fin á su mal pone,
Al prudente varon la arte resiste,
Y el que á sanarlo mas presto se opone,
Aquel le da mas presto muerte triste.
El doliente en beber se descompone,
Pero la sed, que con rigor le embiste,
Primero con la vida es apagada
Que con el agua tanto deseada.

Caen sobre la tierra reclinados
Los miseros mortales, como cuando
Va el pastor en los montes y collados
Los robles de sus frutos despojando,
O el tiempo de los árboles cargados
Las podridas manzanas derribando;
Tanta es la fuerza de la infausta estrella,
Que no hay á veces quien se libre della.

Cuando al principio de sus resplandores
Se muestra grande, cual la luna llena,
Lloran los engañados segadores
La vega mutil, en un tiempo amena;
En vano los cansados labradores
De la campaña estéril el arena
Suelcan, guiando los húmedos bueyes,
Del duro yugo con las dulces leyes.

Cuando la exhalacion enjuta y fria,
Nacida de los húmedos cristales
Del mar, y que la tierra en alto envia,
Con favor de las luces inmortales,
Si del calor resuelta, que el sol cria,
Hiere el aire sutil con los ramales
Del invisible azote, con su herida
Al punto da á los sueltos vientos vida.

Y como tal vapor, estar parado
Por su inquietud no puede un punto solo;
Oblicuo, perezoso, apresurado,
Murmura desde el uno al otro polo,
Desde la Hesperia al círculo abrasado,
Desde el aurora adonde muere Apolo,
Desde la fria guardia del Arcturo
Adonde nace el Euro y Noto oscuro.

Estas cuadrillas de Eolo ventosas
Penetran con suspiros impacientes
Del vasto mar las cuevas espantosas,
Subiendo al polo las ondas fuentes;
Cuyas fuerzas son tanto poderosas,
Que no solo conturban á las gentes,
Mas haciendo al furioso Ponto guerra,
Alteran con los soplos cielo y tierra.

Los que nacen del sólido elemento
Son flacos al principio, pero aumentan
Después el frío y el vigor violento
Con vapores que arriba se acrecientan;
Como cuando soplando el recio viento
Crecen las llamas que abrasar intentan
Del orbe etéreo la mas alta estrella,
Y su fuego nació de una centella.

Estos correos, que del aire hiden
Los anchos campos con las plantas testas,
Por todo el mundo la carrera extienden,
Las cuatro partes señalando opuestas:
Y sus diversos nacimientos prenden
Diversos nombres con las alas prestas,
Aunque de un vapor casi semejante
Es su espíritu inquieto y inconstante.

El Solano, que dentro el paralelo
Del Equinocio nace en el Oriente,
Es saludable cuando sobre el suelo
Empieza Febo á levantar la frente,
Y las antorchas del sereno cielo
Apaga de sus rayos con la fuente,
Porque el aire sutil, de que proviene,
Templado y útil el aliento tiene.

Y sulcando las playas celestiales
Con el arado de su vuelo, apura
Los turbados y impuros manantiales
Del raudal que hacia el alba se apresura;
Porque con los encuentros orientales
Y con la reflexion templada y pura
Del sol y de los vientos, sus humores
Subtilizan los rios corredores.

El Favonio, contrario del Solano,
Con varias flores á la tierra viste,
Y de la estrecha cárcel al verano
Libra, dando al invierno muerte triste;
Opuesto á Cinosura el Austro insano,
En cuyas cejas niebla espesa asiste,
Al aire con oscuro ceño turba,
Al mar con soplos rápidos perturba.

El Bóreas, que debajo la osa fria
Nieve vertiendo de las alas, gime,
Las negras fuerzas que de Mediodia
Publica, el Austro con furor reprime;
Y con el hielo que en su pecho cria,
La superficie de la tierra oprime,
Alterando los cuerpos de los rios
Con sus lamentos y suspiros frios.

Mas nadie entienda que los marineros
En su falso viaje no han hallado
Mas que estos cuatro espíritus ligeros,
Que treinta y dos la aguja ha señalado
De navegar; con que los senos fieros
Rompe el bajel mas flaco al Ponto hinchado,
Y tantos son cuantas exhalaciones
Suben del sutil aire á las regiones.

Pero aunque en tantas partes se divida
Este escuadron, cada uno fuerza tanta
Tiene, que arranca sin que se le impida,
Cuando se enoja, á la mas dura planta;
Suspirando con rabia embrevada,
A veces hasta el cielo el mar levanta,
Y desde el bajo Polo á la Bocina
Las naves mas cargadas avecina.

Con atrevida furia confiados
En los mudables vientos los cosarios,
Si es que pueden estar asegurados
Por ventura en sus ánimos voltarios,
Con los débiles vasos, fomentados
De sus soplos, asaltan temerarios
Las torres de alto borde, y de las ondas
Bajar las hacen á las cuevas hondas.

Mas el eterno Eolo, á quien toca
Dar con su aliento vida á tierra y cielo,
Las alas les ató en la negra roca,
Movido con piadoso y justo celo;
Cuando en defensa de la armada loca,
En el Lepanto sacudian el vuelo,
Adonde del concorde cristianismo
Fue roto el otomano paganismo.

Luego que el Criador omnipotente
Las bocas les cerró, y de todo punto
Sus campos allanó el mar inelmente,
Ya reservados para el triste punto;
Con orden militar y conveniente,
De las escuadras todo el poder junto
De Carlos el invicto hijo reparte,
Y contra la turquesca gente parte.

Con los remos y proas azotadas,
En blanca espuma el húmido elemento
Vuelven las fortalezas fabricadas
Sobre el inquieto y fluctuoso asiento;
Y tanto las grandezas torreadas
Se levantan en alto sobre el viento,
Que parecen las cicladas redondas
Que arrancadas sulcando van las ondas.

El enemigo ejército guiaba,
Dispuesto en forma de menguante luna,
Su gran poder, en que pronosticaba
Que iba menguando su cruel fortuna;
Como la misma Cintia cuando daba
Luz sin menguar su rostro en parte alguna,
Y después pierde de la vista cara,
Hecha una corva hoz la virtud clara.

Puesto en frente el infiel campo otomano
Del nuestro, apenas del combate duro
Dando señal, salió del bronce vano
El ronco trueno por el aire oscuro;
Cuando rompiendo el escuadron cristiano
Los extendidos valles del mar puro,
En las armadas huestes del contrario
Embiste con denuedo temerario.

Unos se alegran viendo en corto estrecho
O en extendido y descubierta llano
Al caballo andaluz herirse el pecho
Con el hierro de la una y otra mano;
Y ya al siniestro lado, ya al derecho,
Volver al son del instrumento vano;
Y como el mar ondea bajo y alto,
Tras el doblado paso dar el salto.

Salen bramando por los huecos caños
De los tiros las balas abrasadas,
Haciendo mas inremediables daños
En las naciones de Levante airadas,
Que no las nubes cuando en tristes años
De impetuosa tempestad cargadas,
De los senos granizo derramando,
Van las doradas mieses derribando.

Con la niebla que en alto el fuego envia
De negro humo, el cielo fué perdiendo
La clara vista, y al sereno dia
Volvió en tinieblas el nublado horrendo;
En las cavernas de la rueda fria
Alborotada del terrible estruendo,
Los espantosos ecos retumbaban,
Que las llamas con impetu causaban.

A cada paso los cerrados pechos
Abriendo el Ponto, heridos y azotados,
Da, todo vuelto en sangre, en sus estrechos
Sepultura á los cuerpos destroncados;
Que con las balas rotos y deshechos
De los metales fuertes y colados,
Sin número caían de la popas,
Y de las proas en espesas tropas.

Mas no por eso la sangrienta guerra
Sobre las ondas oprimidas cesa,
Que con las corvas áncoras afierra
La nuestra en la enemiga armada gruesa;
El uno con el otro bajel cierra,
Y adonde hay mas peligro se atraviesa,
Renovando el feroz juego de Marte
Con ira y rabia de una y otra parte.

Derrámase gran grita y vocería
A este punto por todas las defensas;
En lugar de jugar la artillería,
De todas armas llueven nubes densas;
Y en la nueva batalla que crecía
Por momentos, crecían las ofensas;
Entonces una confusion de espadas
Nació entre picas, petos y celadas.

Reforzando la guerra con la furia
Con que vienen las lluvias de Occidente,
Cuando cargados de bañada injuria
Nacen los cabritillos en Oriente,
O con la que el furioso Notó injuria
A las plantas, vertiendo de la frente
Agua y granizo, y con terrible espanto
Tira Jupiter rayos entre tanto.

Como lobos rabiosos y inelentes
Cuando, saliendo de diversas cuevas,
Dan contra los corderos inocentes,
Haciendo en ellos las hambrientas pruebas,
Así nuestros soldados impacientes
Cobrando á cada paso fuerzas nuevas,
Dentro en los fuertes movedizos saltan,
Y con mortal estrago les asaltan.

Dió á la fiel liga el caso desastrado
El merecido fin de la victoria,
A los infieles el funesto hado
Justo castigo con mortal historia;
El que vivo quedó, desbaratado,
Acrecentando al César nueva gloria,
Huyendo sale por el lago abierto,
A manos del temor ya casi muerto.

Otros de ver los bailes y las danzas
Que el tierno amante por dar gusto inventa
A aquella que con verdes esperanzas
Su corazón mantiene y alimenta,
A quien da el alma envuelta entre mudanzas,
El cuerpo al aire con que se sustenta,
Al firme suelo las ligeras plantas,
Tristes suspiros á las luces santas.

DIA TERCERO.

Otros están mirando desde afuera
Las fingidas batallas que de Marte
Representan la guerra verdadera,
Con las hileras de una y otra parte;
Y en los campos labrados de madera
El blanco Rey, que contra el negro parte,
Acompañado del guerrero gremio
Por alcanzar el prometido premio.

Y nosotros ¿la vista no alzaremos
A mirar de los orbes desiguales
Las maravillas que estampadas vemos
En contorno con letras inmortales?
Y en un compuesto ¿no contemplaremos
Las hazañas divinas y mortales,
Que obró con artificio soberano
Del Padre Eterno la invencible mano?

Tú, Señor, que las aguas dividiste,
A la tierra del peso húmido y vasto
Librando, en firme asiento la pusiste,
Para que diese el deseado pasto;
Tú, que sus faldas de árboles cubriste
Y de yerba y de flor su vientre casto,
Haz que de tierra y mar los elementos
Yo pinte con diversos ornamentos.

La mas soberbia roca, cuya cima
Esconde entre las nubes la cabeza,
El alto atlante, que sustenta encima
De la cerviz la celestial grandeza,
Antes que Dios la arquitectura prima
Formado hubiese en circular alteza,
Tenian las espaldas sumergidas
En las aguas que no eran divididas.

Mas cuando de su mano omnipotente,
Como en fendo, el imperio y el gobierno
Del orbe quiso dar liberalmente
Al hombre el justo Rey y Padre Eterno,
Mando á Neptuno que con su tridente
Abriendo al Ponto el gran pecho paterno,
El ancho y sordo lago recogiese
Y la tierra los hombros descubriese.

De la manera que al teatro ó scena
El extendido velo en torno gira,
Y al tiempo que la cierta señal suena,
Por todas partes se recoge y tira;
La bella obra de pinturas llena,
Que atentamente el pueblo alegre mira,
Muestra columnas, mármoles, retratos,
Cornijas, bases, varios aparatos;

Así cuando las aguas detenidas
Obedeciendo á Dios se recogieron,
Sus incultas cabezas escondidas
Los collados y montes descubrieron;
Y las mismas que de antes esparcidas
Sobre el confuso caos estuvieron,
Las congregó en su vientre el Oceano,
Dejando atras el valle, el cerro, el llano;

Como cuando las fuentes anubladas,
Humor vertiendo de los grandes senos,
Inundan las campañas agostadas
Y los valles de seca yerba llenos;
Pero después las ondas derramadas,
Los pasos de espumosa humedad llenos
Retiran hácia atrás, y en breve lecho
A sí propias se sorben en su pecho.

Mas si por tantas partes se esparcian
En el umbroso caos aguas tantas,
¿Cómo á lo bajo aquellas no movian
Desde lo alto las ligeras plantas,
Y al lugar reservado no corrían,
Que eligieron después por leyes santas,
Que es natural al húmido elemento
Descender, y en lo bajo hacer asiento?

Antes que con su mano poderosa
Dios enfrenase la soberbia fiera
Del Oceano y rabia impetuosa,
A esta rueda faltaba la carrera,
Porque era una laguna perezosa
Naturalmente la bañada esfera;
Pero al punto que oyó el Verbo divino,
Por los campos corriendi abrió camino.

Como en las calles ó extendidos llanos
Los mozos señalados y desnudos
Cuando oyen la señal, sueltas las manos,
Corren con fuerza arrebatada agudos;
Y levantando con los pies livianos
Nubes de polvo espesas, sufren mudos
Un temor en los rostros manifiesto,
Hasta alcanzar el rico don propuesto;

Privan los soplos del hinchado Notó
A la region salada del sosiego,
Y su fingida paz con terremoto
Truecan en rabia y helicoso juego;
Con obstinada furia y alboroto
El negro Ponto de soberbia ciego,
Sobre los aires sus grandezas mide,
Y al triste navichuelo el paso impide.

Los afligidos pescadores, viendo
En las cerradas aguas descubierta
El simulacro de la muerte horrendo,
Al vivo dia entre tinieblas muerto,
Llamán á Cristo con mayor estruendo
Que mueve el mar de tempestad cubierto,
Para que refrenase su ira brava,
El cual dormía y vigilante estaba.

Despierta Cristo, y viendo la mudanza
Del piélagos con impetu bramando,
Le rompe al punto la feroz pujanza,
De suerte tal con su palabra y mando,
Que nunca tuvo el Ponto tal bonanza,
Ni el tiempo se mostró jamás tan blando,
Ni el céfiro sopló mas suavemente,
Ni las ondas alzaron mas la frente.

Pues si los montes de humedad preñados,
Que en alto levanto con saña fiera
Neptuno, y á los vientos enojados
Con su palabra Dios quieta y modera,
Y esgombrando los concavos nublados,
Del cielo descubrió clara la esfera,
Tambien hará correr con presto curso
De las paradas ondas el concurso.

Y así, en diciendo el Rey del firmamento:
«El agua en los abismos derramada
Se junte en un lugar», luego al momento
Obedeció al precepto apresurada;
Y el bañado y solícito elemento
A la tierra en sí misma sustentada,
Con torcido viaje y con revueltas
En contorno cercó y oblicuas vueltas.

¡Oh desconocimiento conocido
Del humano linaje, que inclinando
Los cuerpos insensibles el oído
Al mandato de Dios su ley guardando,
El hombre racional, cuyo sentido
El moto de los cielos alcanzando,
Penetra lo mas íntimo, sin seso
La cerviz huye de tan dulce peso!

Sus entrañas abrió piadosamente
Para dar paso enjuto al pueblo hebreo,
Sustentando en el aire trasparente
Las caudalosas venas Eritreo;
Con que hizo al Jordan de su corriente
Volver atrás el húmido paseo,
Y al gran Moisés mostró abierto el camino,
Que la naturaleza á cerrar vino.

Y cual toro corrido y acosado
Del irlandés ó del español perro,
Que herido del uno y otro lado
De la garrocha con el duro hierro,
Levantando en el caso alborotado
En alto la cerviz y áspero cerro,
Los pasos poco á poco atrás retira,
Para partir después con mayor ira;

Así cuando el varon fiero en semblante
Mas que el mar, encendidas las mejillas
Con su gente pasar quiso adelante,
Viendo enjutas y abiertas las orillas,
El retirado Ponto al mismo instante
Con fuerza caminó, y á las cuadrillas
Y cruel capitán dió sepulturas
En sus cavernas concavas y oscuras.